

RETOS DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA A LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

CHALLENGES OF CONTEMPORARY SOCIETY TO CATHOLIC UNIVERSITY

José Manuel Sánchez Caro¹

Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca-España.

Resumen

Las universidades católicas en la formulación de sus proyectos educativos requieren conjugar, tanto la identidad cristiana católica como la apertura a la sociedad en la que viven y con cuya cultura dialogan. Desde este punto de partida, el presente ensayo propone cinco desafíos desde los cuales las Diversidades Católicas sirven a la sociedad: Ofrecer un saber de calidad; Instar a la búsqueda de la verdad; Procurar el diálogo entre la fe y la razón, la fe y la ciencia; Educar ciudadanos y cristianos críticos; finalmente, ser un instrumento de evangelización en el ámbito universitario.

Palabras clave: Universidades católicas, calidad educativa; diálogo fe y razón; educación cristiana.

Abstract

Catholic universities in the formulation of educational projects require combining, as much the Catholic Christian identity, as the opening up to the society we live in and whose culture talks. From this starting point, the current essay proposes five challenges through which Catholic Diversities serve society: Offering information of quality; Urging the search for the truth; Securing a dialogue between faith and reason, faith and science; Educating citizens and Christian critics; finally, being an instrument of evangelization in the university environment.

Keywords: Catholic Universities, educational quality, faith and reason dialogue, Christian education.

¹ Doctor en Teología Bíblica, catedrático de Biblia en la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor visitante en el Instituto de Teología de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. El texto publicado corresponde a la clase inaugural del año académico de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, pronunciado en el aula magna el 8 de abril de 2011. Correo electrónico: jmsanchezca@upsa.es

Un paradigma para la Universidad Católica

Hace algo más de diez años, en un encuentro organizado por la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC) en la Saint Paul University de Ottawa, en Canadá, participé en un simposio internacional de rectores y expertos de universidades, bajo el título genérico “A la búsqueda de un nuevo paradigma para la Universidad Católica”². No es fácil decir en pocas palabras qué se encierra tras la palabra paradigma, especialmente cuando lo aplicamos a las universidades católicas, pensando además que puede ser preciso sustituirlo por otro. El término “paradigma” nos ha llegado desde las ciencias del lenguaje, pasando por la sociología, y nos sirve para formular un modelo o tipo de realidad capaz de orientar nuestros esfuerzos por acercarnos a ella³.

En realidad, la búsqueda de un nuevo paradigma o modelo en el que situar y con el que identificar a la Universidad Católica nos viene exigido por la situación actual de nuestras sociedades, altamente secularizadas, en países como España y Chile, donde la religión y, concretamente, la religión cristiana católica, aunque sigue teniendo importancia, ya no ocupa el puesto de relevancia que en épocas anteriores de la historia tuvo. Por otra parte, la formulación de cualquier paradigma para nuestras universidades católicas se mueve siempre en el ámbito de la conjugación eterna de dos elementos que le son propios: la identidad cristiana católica y la apertura a la sociedad en la que vive y con cuya cultura dialoga. Quienes ya peinan canas, como me sucede a mí, y tenían responsabilidades de gobierno en alguna Universidad Católica ya a finales de los años ochenta, es decir, hace casi treinta años, saben de las largas sesiones de diálogo y discusión, incluso de las mismas tensiones y dificultades que hubo a la hora de formular los contenidos de la constitución *Ex corde Ecclesiae*, esa carta magna de

² Cf. J. M. SÁNCHEZ CARO, “Comentario: Las Universidades católicas españolas entre las francesas y las romanas”, en: P. HURTUBISE (ed.), *Université, Église, Culture. D'un paradigme à un autre, l'Université catholique aujourd'hui. Actes du premier symposium. Université Saint-Paul, Ottawa, 20-23 avril 1999*, FIUC, Paris 2001, 63-84.

³ Algo se aproxima a nuestro concepto de paradigma la nueva acepción segunda propuesta para la vigésimo tercera edición del Diccionario de la Real Academia, ya consultable en internet: “Teoría cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y que suministra la base y modelo para resolver problemas y avanzar en el conocimiento; p. ej., en la ciencia, las leyes del movimiento y la gravitación de Newton y la teoría de la evolución de Darwin”.

las Universidades católicas, regalo de Juan Pablo II y de nuestra Señora, en cuya fiesta de la Asunción del año 1990 está firmada. Este mismo hecho, por todos conocido, es ya un ejemplo de la dificultad que muchas universidades católicas sienten cuando tienen que formular su propia definición y su manera de estar en el concierto de las demás universidades y en medio de una Iglesia y una sociedad a la que pretenden servir. Efectivamente, si se acentúa por exceso la identidad católica, la universidad es perfectamente reconocida por su singularidad entre otras, pero corre el gran riesgo de convertirse en ghetto, de aislarse y de sufrir el rechazo de la sociedad, haciendo en gran parte estéril –a veces incluso imposible– su presencia en ella. Si, por otra parte, se acentúa demasiado la apertura a la sociedad y cultura de nuestra época, la Universidad Católica se integra bien en el mundo en el que está y se sienta de igual a igual con otras universidades, pero corre el riesgo de perder su razón de ser, sus mismas señas de identidad, es decir, pierde todo sentido el llamarse católica y, por ello mismo, corre el peligro de dejar de serlo, o serlo sólo formalmente y de manera in-significante. Ejemplos de una y otra situación, naturalmente con elementos más complejos, podrían ponerse sin demasiada dificultad.

Por supuesto, en cada país, en cada cultura esta tensión se vive de manera distinta, porque distinta es la historia, el carácter de sus gentes y las relaciones que en él existen entre cultura ciudadana y cultura cristiana. No es exactamente igual el problema español y el holandés, el planteamiento indio o libanés y el belga o polaco, ni son iguales los problemas en los Estados Unidos de América o en Chile. Por tanto, considero necesario que cualquier reflexión sobre este asunto, aun compartiendo la mayor parte de los rasgos de un paradigma propio de las universidades católicas en un momento determinado de la historia, debe tener en cuenta muy de cerca la condiciones de la sociedad en que cada universidad está enmarcada. Sólo desde aquí, mediante un estudio concreto de esas circunstancias, se puede intentar descubrir y expresar los elementos comunes al mejor paradigma de las universidades católicas en el siglo XXI.

Lo que acabo de decir, aparte de situar el problema en su marco más amplio, es una clara explicación del papel limitado que necesariamente ha de tener mi reflexión acerca de los retos que la sociedad contemporánea presenta a la Universidad Católica, a cualquier Universidad Católica, en Chile. Sería un atrevimiento irresponsable por mi parte ofrecer consejos y

recetas a quienes son los que únicamente pueden ir buscando las respuestas necesarias. Pero creo que hay una serie de elementos básicos comunes que todas las Universidades católicas, con más o menos intensidad y variantes, compartimos; además de vivir en un mundo altamente globalizado, en el que se comparten al menos tantas cosas como aquellas que nos distinguen. Por eso, mi exposición debe limitarse modestamente a presentar alguno de los elementos comunes a todas las universidades católicas en este momento, algunos de los retos con que nuestra sociedad global moderna desafía a la Universidad Católica en general. Retos que orientan hacia respuestas concretas, capaces de modular el paradigma de referencia para una Universidad Católica en las actuales circunstancias. Estoy seguro de que no pocas de estas reflexiones, con las puntualizaciones imprescindibles para el caso, pueden ser compartidas por quienes participan en un proyecto tan interesante, tan vivo y tan apasionante como es el de la joven Universidad Católica de la Santísima Concepción.

Algunos retos de la sociedad actual a la Universidad Católica

No son pocos los retos o desafíos que una sociedad compleja, como es la actual, plantea a la Universidad Católica y a los que se debe responder, si queremos elaborar un paradigma eficaz y operativo de Universidad Católica. No hablo de retos generales, planteados a la institución universitaria como tal, retos ya de por sí difíciles de enfrentar. Así lo muestra, por ejemplo, el cambio de paradigma general que supone la reorganización de viejas y clásicas universidades, como son muchas de las europeas, a la hora de poner en marcha en medio de infinitas discusiones el modelo llamado “de Bolonia”. A lo que ahora me refiero es a los retos específicos que nuestra sociedad plantea a la Universidad Católica. ¿Cuáles son? O, al menos, ¿cuáles son los que podemos considerar como más relevantes en este momento?

No cabe duda de que el primer reto es un reto compartido con cualquier otra universidad, pero que, como enseguida diré, tiene un especial significado para la Universidad Católica. Se trata del reto del saber, concretamente, del reto de ofrecer un saber de calidad. En segundo lugar, uno de los retos más importantes y decisivos en este momento es el de apostar por la búsqueda de la verdad. En un tercer momento, se espera de una Univer-

sidad Católica que no renuncie a la formación educativa de sus alumnos, lo que supone en su comunidad académica cuidar el cultivo y la transmisión de determinados valores ligados al evangelio y comprensibles para la sociedad. Por otra parte, un papel que se asigna específicamente a nuestras universidades católicas, y al que tampoco se puede renunciar, es el de ser capaz de establecer un verdadero diálogo entre fe y conocimiento, entre fe y cultura, entre fe y ciencia. Finalmente, el reto de hacer presente el evangelio de Jesucristo en la sociedad y de constituirse por tanto en instrumento de evangelización, dentro de la naturaleza propia de la universidad, es, me parece, el último de los retos que se le plantean a las universidades católicas hoy. Estos son, a mi modesto entender, los cinco desafíos más importantes que la sociedad actual hace a la Universidad Católica. Un elenco de cuestiones, que dan para muchos estudios, mucho trabajo y mucha imaginación. Pero, como ya he dicho al principio, el objeto de este sencillo ensayo es mucho más modesto. Por ello, me limitaré a exponer por qué estos me parecen retos importantes y decisivos para la Universidad Católica hoy, y en qué dirección puede buscarse, a mi juicio, el camino para encontrar una respuesta adecuada.

Un saber de calidad

Parecería inútil dedicar siquiera unos minutos a lo que en principio es el objetivo de cualquier universidad, esto es, ofrecer un saber de calidad. Sin embargo, esta cuestión, que parece obvia, merece unos minutos de reflexión, aunque sólo sea porque es asumida como punto de partida en la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, carta magna, según he dicho, de las universidades católicas. Efectivamente, lo primero que subraya este documento es que toda Universidad Católica debe ser, ante todo y antes de nada, universidad. Así se dice en su parte expositiva:

La Universidad Católica, *en cuanto Universidad*, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales (n. 12).

Y, por si quedase alguna duda, a pie de página se cita el lugar de donde se ha extractado esa definición de “universidad”. Se trata de la sección de “principios fundamentales” de la *Carta Magna de las Universidades Europeas*, firmada por todas ellas en Bolonia, Italia, el 18 de setiembre de 1988. Y es que en un mundo plural como es hoy el chileno y el de cualquier país moderno, donde abundan las ofertas universitarias de todo tipo, la primera obligación, el primer desafío de una Universidad Católica, es el de ser una universidad con calidad, capaz de hacer bien, es decir, con excelencia, lo que hace.

Dicho de otra manera, cuando se habla de Universidad Católica, lo primero y esencial, como no podía ser de otra manera, es el sustantivo: “Universidad”. Ésta, según la antiquísima tradición hispana y europea, y de acuerdo con lo ya prescrito en las Partidas de Alfonso X el Sabio y lo aceptado recientemente en la Carta Magna de las Universidades, firmada en Bolonia, consiste en una comunidad de estudiosos, profesores y alumnos, representantes de varias ramas del saber humano, consagrados a lo que son las tres grandes tareas de cualquier institución universitaria, a saber, la investigación, la enseñanza y las diferentes formas de servicio que corresponden a su misión cultural. Esto, que con toda claridad se expresa en el artículo 2,1 de la parte dispositiva de la constitución *Ex corde Ecclesiae*, es lo sustantivo, que siempre es previo y base de lo adjetivo. Es decir, que no se es Universidad Católica, si antes no se es de verdad Universidad.

A este punto, permítanme que aluda a la pedagogía de la obra bien hecha, según expresión de Eugenio d’Ors, un notable escritor y pensador español de la primera mitad del siglo XX, de “la generación del 14”, según sus propias palabras. En medio de los jardines del Paseo del Prado, en Madrid, casi enfrente del universal Museo del Prado, tiene este pensador un sobrio y solemne monumento. En él, grabadas en piedra, están las palabras de sabor sapiencial, que resumen su pensamiento sobre este punto:

Todo pasa. Pasan pompas y vanidades, pasa la nombradía como la oscuridad. Nada quedará a fin de cuentas de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o satisfacción. Una cosa sola, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha⁴.

⁴ La frase es el colofón a la conferencia titulada “Aprendizaje y heroísmo”, que d’Ors pronunció en la madrileña Residencia de Estudiantes en 1915; cf. E. d’Ors, *Trilogía de*

Lo contrario de la obra bien hecha es la “chapuza”, que el Diccionario de la Real Academia describe, en su segunda acepción, como “obra sin arte ni esmero”. La chapuza, así entendida, está reñida no solamente con el espíritu universitario, sino también, no podía ser de otra manera, con el espíritu evangélico. Al fin y al cabo, el apóstol Santiago nos enseña que todo don perfecto viene de Dios (cf. Sant 1, 16), quien quiso hacer las cosas no a medias sino bien hechas y buenas, como repite insistentemente el viejo relato de la creación con el que se abre la Sagrada Escritura (Gn 1). Por eso se puede y se debe interpretar este primer artículo de la constitución sobre las Universidades Católicas como una condición previa y necesaria. Porque no se presta ningún buen servicio a la Iglesia ni a la sociedad con universidades católicas incapaces de llevar adelante su tarea universitaria con seriedad, con calidad, con afán constante de superación. Ello es tan necesario para una Universidad Católica como su propia identidad religiosa institucional, pues, si un centro universitario no tiene la calidad suficiente, se desprestigia la Universidad Católica y la misma Iglesia.

La búsqueda de la verdad

Una vez establecido lo anterior, es necesario constatar que las Universidades Católicas no aportan necesariamente en los campos propios universitarios algo específico y original. A este nivel todas las Universidades –católicas, no católicas, estatales y privadas– están en las mismas condiciones y se mueven en el terreno de la necesaria y leal competencia, intentando lograr cada día una mayor calidad. Es más, con frecuencia habrá otras Universidades con más medios que las católicas y, por tanto, con más posibilidades, capaces de destacar en diversos menesteres universitarios, especialmente en el de la investigación. Y, sin embargo, hay algunas cualidades que otorgan personalidad propia a las Universidades Católicas. Aquí entramos en el adjetivo que define a este tipo de universidades, es decir, el adjetivo “católica”. Y aquí nos enfrentamos con retos específicos y a los que nuestras universidades deben intentar responder.

la “Residencia de Estudiantes”, Eunsa, Pamplona 2000, 89-90; sobre la “pedagogía de la obra bien hecha” de Eugenio d’Ors (1881-1954), puede verse C. VILANOÚ TORRANO, “Eugenio d’Ors y la pedagogía de la obra bien hecha”, *Estudios sobre educación* 14 (2008) 31-44.

El primero nos lo marca igualmente la constitución *Ex corde Ecclesiae*:

Es un honor y una responsabilidad de la Universidad Católica consagrarse sin reservas a la *causa de la verdad*. Es ésta su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene «la íntima convicción de que la verdad es su verdadera aliada... y de que el saber y la razón son fieles servidores de la fe»⁵ (n. 4).

Aparentemente, esto no tendría que ser un reto específico para la Universidad Católica, sino para cualquier Universidad, pues es propio de quien cultiva el conocimiento buscar la verdad. Sin embargo, en las actuales circunstancias esta propuesta del papa a las universidades católicas es, a mi modo de ver, uno de los más difíciles y complejos retos actuales que ella tiene. En efecto, nunca como ahora cobra actualidad la pregunta escéptica y sin espera de respuesta que Pilato hizo a Jesús: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18, 38).

Un filósofo español, no precisamente católico, Fernando Savater, opina sobre este asunto de manera bien interesante:

No hay educación, si no hay verdad que transmitir, si todo es más o menos verdad, si cada cual tiene su verdad igualmente respetable, y no se puede decidir racionalmente entre tanta diversidad⁶.

Sin embargo, sabemos bien que la filosofía contemporánea, heredera de las reflexiones de Kant, Heidegger y Nietzsche desemboca en lo que G. Vattimo ha dado en llamar “filosofía del pensamiento débil”⁷, y en una serie de conclusiones que nos conducen casi inevitablemente a renunciar al conocimiento de la verdad por imposible y por inconveniente. Aun a riesgo de simplificar el proceso de pensamiento, y con la indulgencia de mis colegas de filosofía, quisiera exponer brevemente el círculo de pensamiento que está en la base de muchos de nuestros modos actuales de vivir y pensar, y

⁵ La Constitución cita aquí la obra de J. H. NEWMAN, *The Idea of a University*, Longmans, Green and Company, Londres 1931, XI.

⁶ F. SAVATER, *El valor de educar*, Ariel, Barcelona 2009, 125.

⁷ G. VATTIMO - P. A. ROVATTI, *Il pensiero debole*, Feltrinelli, Milán 1986; ed. española de L. AMOROSO, Cátedra, Madrid 2006.

que toman su punto de partida de los filósofos de la postmodernidad o de los mismos presupuestos de donde ellos parten.

La primera afirmación que escuchamos con frecuencia es que la verdad, tal como se ha planteado desde Sócrates, Platón y Aristóteles, y tal como con entusiasmo la acogió la Ilustración, no es posible. Es más, la verdad absoluta es dañina. Por ello, la afirmación frecuente de la no necesidad de religiones con verdades absolutas, especialmente de los monoteísmos. Una fe absoluta en Dios –se dice– llevaría necesariamente a la negación de la cualidad de verdadera de cualquier otra religión o ideología sobre el hombre, lo que hace surgir inevitablemente la intolerancia, primero; el fanatismo, con frecuencia, después; y, finalmente, la violencia. Todas las guerras humanas habrían tenido, desde este punto de vista, un componente religioso.

Pero, además, es imposible conocer la verdad absoluta, se afirma con rotundidad. Nuestros pensamientos, nuestras afirmaciones, las fuentes que usamos para discurrir, todo ello está inevitablemente transido de subjetivismo. No podemos ver lo que realmente es, sino que las cosas son para nosotros como las vemos. La única forma de convivencia, por tanto, es la transacción, el consenso, que se expresa en una forma concreta de vivir la tolerancia: todas las opiniones son igualmente válidas, pero ninguna puede imponerse; todas tienen fragmentos de verdad, pero ninguna es la verdad. Y lo mismo dígase de las religiones. Por tanto, el único modo de convivir es la aceptación de todas las opiniones y la aceptación de un marco mínimo común establecido por consenso. La democracia es el consenso y el consenso establece lo que es verdadero. Por consiguiente, no es la verdad la que nos hace libres (cf. Jn 8, 32), sino la libertad la que establece qué es verdadero o no.

En estas condiciones, lo único que puede aceptarse como real es lo constatable, lo experimentable, lo que hoy, ahora, en este instante puede ser visto, oído, tocado, gustado y olido. Cualquier generalización, cualquier reflexión acerca de lo que experimentamos será verdadera y aceptable en la medida en que haga más fácil y viable la vida individual y la convivencia humana. Por tanto, los modelos de antaño no son más que eso, modelos. Pueden o no aceptarse, según que faciliten la convivencia. Así sucede con el modelo de familia, con los modelos masculino y femenino, con los modelos éticos. La educación consiste, por tanto, no en buscar la verdad, sino en preparar al ciudadano para asumir responsablemente este relativismo

social. Porque no todo está permitido, ya que ello haría imposible la convivencia humana. La tolerancia exige aceptar que otro pueda pensar de distinta manera, aunque yo no tengo por qué entrar en lo que piensa. Lo único válido es que mi manera de pensar y de vivir respete la manera de pensar y de vivir del otro, y ninguno de los dos dañe la convivencia establecida por las leyes. Leyes cuyo último fundamento es el consenso ciudadano, formulado mediante las instituciones democráticas. El principio paulino del “Todo me está permitido, pero no todo es lícito” (cf. 1 Cor 10, 23), se transforma ahora en “Todo me está permitido y todo me es lícito, siempre que no dañe al otro”. Este es también el principio de la ética, que en consecuencia no puede existir más que como ética de consenso y, por tanto, variable según las circunstancias. Por supuesto, no tiene sentido hablar de una ley natural. Y los mismos derechos humanos no tendrían más fundamento que el acuerdo de las naciones.

Las consecuencias de todo ello se trasladan inevitablemente y poco a poco a la vida social. Así, no puede haber un modelo absoluto y único de familia. Todos somos iguales, hombres y mujeres. Por tanto, puede haber familias tradicionales (hombre, mujer, hijos); puede haber familias entre homosexuales, masculinos o femeninos; puede haber familias monoparentales, especialmente madres solteras con hijos; puede haber familias con un vínculo público religioso o civil, o sin vínculo público alguno, excepto la convivencia continuada. La sexualidad es una característica del ser vivo y éste la puede usar como le plazca, siempre que no dañe a otros. El aborto es posible, porque se considera que el nonnato no es persona dotada de derechos (no es persona jurídica) hasta que no lo consideran las leyes. Por tanto, hasta ese momento es un apéndice de la madre, de su cuerpo. El Estado, mirando por el bienestar común, puede establecer mecanismos y organismos que decidan cuándo una vida ya no es humanamente digna y facilite un muerte lo más digna posible.

Y, por supuesto, toda realidad trascendente, al no ser comprobable por medios reconocidos, queda a la libertad de los individuos, pero no puede pedirse reconocimiento público de ello en la sociedad. Su realidad es tan aceptable, como cuestionable. El Estado no toma partido en este campo. Por consiguiente, la aceptación de manifestaciones públicas de grupos religiosos se trata igual que la de cualquier otro grupo. Mientras el grupo sea socialmente relevante y no infrinja las leyes, el Estado, por el bien común,

aceptará su presencia pública. Pero, en sí misma, toda religión, como toda ideología, es un asunto privado de cada uno y no debería tener presencia en la vida pública. De aquí la meta de desterrar toda enseñanza de la religión en centros financiados con dinero público, meta que está en el ideario de esta manera de concebir la vida.

Los peores delitos en esta sociedad son por tanto los que más directamente se oponen a tal manera de pensar: el fundamentalismo religioso, la intolerancia cívica, la contravención de la igualdad de género, etc. Y todo el que no piense de este modo no es progresista, sino anticuado, retardatario, fundamentalista, anclado en prejuicios religiosos y morales ya superados, incapaz de entender lo que hoy en día es el progreso de la sociedad. Entre estos grupos uno de los más acusados en este campo es la Iglesia y concretamente la Iglesia católica, debido precisamente a sus fuertes convicciones y a su presencia numerosa en la sociedad.

En este marco de pensamiento, con todas las variantes que sean del caso, ¿cuál es la tarea de la Universidad? Si nos atenemos a la realidad actual, la respuesta es clara: formar profesionales dentro del respeto a las leyes del Estado. Cuanto más competentes, mejor. Pero no entraría dentro de la tarea específica de la Universidad el educar de acuerdo a unos principios concretos, salvo los ya establecidos: el respeto a la convivencia y a las normas consensuadas.

Hasta aquí, quizá demasiado esquemáticamente expuesta, una forma de pensar que, con acentos más o menos acusados en sus distintas partes, se presenta como el pensamiento aceptado en esta sociedad globalizada y postmoderna. Frente a este tipo de pensamiento la Universidad Católica tiene la tarea difícil, pero apasionante de mostrar que es posible acercarse a la verdad, aunque no se pueda poseer entera; que es posible mantener viva la fe, sin tener que profesar una filosofía o una metafísica específica; que es posible creer en un Dios vivo y único, que es Padre de todos y nos ha manifestado su amor y su ternura en su hijo Jesucristo, tan cercano a nosotros, que con nosotros ha compartido tiempo, espacio, carne, vida y muerte. Bellamente lo dice un teólogo y pensador de nuestros días, cuando intenta describir a un joven universitario de nuestro tiempo lo que la verdad es:

¿Qué es la Verdad? Esta palabra, como otras muchas primordiales, apenas la podemos definir, sólo podemos describir situaciones en las que

ella se revela como una presencia evidente o una ausencia manifiesta. Sabemos que no hay verdad cuando hay mentira, engaño, falsedad, mera apariencia, dolo, doblez... Verdad es objetividad, es precedencia, es anterioridad. Dios nos ha dado el mundo pero no somos dueños de él; nos ha puesto en manos de nuestra libertad, pero no somos soberanos para decidir el bien y el mal, para enseñorearnos del prójimo, para fundar nuestro ser. Por eso la verdad es el respeto absoluto a nosotros mismos y al prójimo y en este sentido verdad quiere decir también veracidad, sinceridad, fidelidad. Conocer la realidad, asentarnos sobre ella es tener cimiento resistente para la vida, dignidad para con la propia persona, capacidad de ayuda al prójimo. Quien se aposenta en esa roca de granito, que es la verdad buscándola, acogiéndola y respondiendo a sus exigencias, ése no teme que se le hunda el suelo bajo los pies ni que le arrastren las olas a su alrededor⁸.

Por otra parte, el entonces cardenal Joseph Ratzinger, en una memorable conferencia sobre la encíclica de Juan Pablo II *Fides et Ratio*, dictada en Madrid el año 1999, se hacía esta reflexión:

Si el hombre queda fuera de la verdad, entonces ya sólo puede dominar sobre él lo coyuntural, lo arbitrario. Por eso no es *fundamentalismo*, sino un deber de la Humanidad proteger al hombre contra la dictadura de lo coyuntural convertido en absoluto y devolverle su dignidad, que justamente consiste en que ninguna instancia humana puede dominar sobre él, porque está abierto a la verdad misma⁹.

Cómo afrontar el desafío de la verdad, cómo hacerlo de modo que pueda dialogarse con quienes no acaban de creer en ella, cómo volver a recobrar confianza en nuestra capacidad para plantearnos la cuestiones decisivas del ser humano acerca del origen y el destino, cómo hacerlo con humildad, con la humildad del evangelio y la esperanza en las palabras y la vida conquistada por Jesucristo, cómo educar en una religiosidad que sea capaz de

⁸ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, "Juventud y verdad. Carta abierta a mi amigo Carlos", *El Diario de Ávila*, (22/03/2011 Mirando a la Jornada Mundial de la Juventud)

⁹ J. RATZINGER, "Fe, verdad, cultura. Reflexiones a propósito de la encíclica *Fides et Ratio*", en: J. PRADES - J. M. MAGAZ (eds.), *La razón creyente*, Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2000, 3-41.

aunar fe y confianza en Dios y, a la vez, consideración por el que piensa y cree de manera distinta, cómo reconquistar una tolerancia que respeta el pensamiento del otro y por eso mismo cree que puede llegarse a un suelo común, cómo buscar caminos para que la fe cristiana dinamice compromisos sociales por la justicia y acciones de caridad que la hagan creíble, cómo lograr que sin fanatismos, con el cultivo de la más fina crítica al mecanismo del pensamiento humano, no decaiga sin embargo el empeño por la verdad, todo esto forma parte del desafío de la verdad, que el mismo Juan Pablo II en la carta magna de las universidades católicas invitaba a llevar a cabo:

Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de *proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal la Universidad Católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios. Por lo cual, ella, sin temor alguno, antes bien con entusiasmo trabaja en todos los campos del saber, consciente de ser precedida por Aquel que es «Camino, Verdad y Vida»(8), el *Logos*, cuyo Espíritu de inteligencia y de amor da a la persona humana la capacidad de encontrar con su inteligencia la realidad última que es su principio y su fin, y es el único capaz de dar en plenitud aquella Sabiduría, sin la cual el futuro del mundo estaría en peligro (n. 4).

El diálogo entre la fe, la cultura y la ciencia

Es ya un clásico afirmar que la Universidad Católica es el lugar más idóneo para llevar a cabo un diálogo entre la fe y la ciencia, entre la fe y la cultura. El primero tiene la misión de mostrar cómo se puede ser científicamente moderno hasta el grado máximo y a la vez profundamente cristiano con toda consciencia. Digo con toda consciencia, porque no es viable en una Universidad creer con la fe del carbonero, es decir, sin preguntarse por la última razón de lo que uno se trae entre manos. Por supuesto, es obligación

de una Universidad Católica plantearse constantemente cuestiones como la compatibilidad entre fe en un Dios creador y explicaciones de los orígenes del universo; creación específica del ser humano, hecha libremente por Dios y por su amor, y teorías concretas de la evolución; condicionamientos genéticos y capacidad para ser libres; indagaciones en el cerebro y la mente humana y singularidad espiritual de cada persona; y muchas más. Además, junto a la búsqueda de respuestas a problemas supuestamente teóricos –que a la postre son decisivamente prácticos–, se plantean también en este ámbito las cuestiones sobre el sentido y la moralidad de los avances científicos y tecnológicos, a partir concretamente de una concepción de persona humana cuya dignidad según la fe cristiana es tan grande, que ha llevado a Dios, mediante la encarnación de su Hijo, a participar de nuestra propia limitación y grandeza, de nuestra misma carne y nuestros mismos sueños, de nuestra misma muerte inexorable y de nuestro sueño de vida sin término. Recordemos en este punto las palabras del papa:

... Los descubrimientos científicos y tecnológicos, si por una parte conllevan un enorme crecimiento económico e industrial, por otra imponen ineludiblemente la necesaria y correspondiente *búsqueda del significado*, con el fin de garantizar que los nuevos descubrimientos sean usados para el auténtico bien de cada persona y del conjunto de la sociedad humana... En este contexto, las Universidades Católicas están llamadas a una continua renovación, tanto por el hecho de ser universidad, como por el hecho de ser católica. En efecto, «está en juego el *significado de la investigación científica y de la tecnología*, de la convivencia social, de la cultura, pero, más profundamente todavía, está en juego el *significado mismo del hombre*» (*Ex corde Ecclesiae* n. 7).

Algo parecido puede decirse del diálogo entre la fe y la cultura, ese marco concreto hecho de historia, tiempo, espacio y convivencia humana en el que se desarrolla la vida de cada ser humano concreto. Un diálogo complejo, que tiene múltiples interlocutores: desde la cultura globalizada de nuestro mundo sin fronteras, a la cultura propia del país en que se encuentra radicada la universidad, sin olvidar las culturas concretas y respetables de distintos grupos humanos en el interior de la nación en que se habita. Es ta-

rea de la Universidad Católica buscar conexiones entre las mismas culturas y, además, descubrir los lazos entre esas diversas culturas y el evangelio, de modo que ni la cultura quede limitada, ni el evangelio disimulado, sino que se establezca una simbiosis fecunda, capaz de enriquecerse mutuamente (*Ex corde Ecclesiae* n. 6)¹⁰.

Formar profesionales, ciudadanos críticos, cristianos responsables

Permítanme todavía que añada un nuevo reto, que me parece no puede dejar de lado la Universidad Católica. Me refiero a la forma de tratar al estudiante que llega a nuestras aulas. Por supuesto, que la gran mayoría de ellos viene con el deseo de lograr una buena formación profesional. Y a ello debe dar respuesta la Universidad Católica, como debe hacerlo cualquier otra universidad. Ya he hablado de la calidad con que habría de llevarse a cabo esta tarea, exigible precisamente para prestigiar su cualidad de católica, prestigiando su naturaleza de universidad. Pero ésta no es la única tarea de la universidad. Ya el viejo Pitágoras decía que “educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida”¹¹.

Ciertamente, nuestra compleja sociedad exige, por una parte, profesionales cada vez mejor preparados en su campo; de aquí el gran número de titulaciones especializadas que se han creado y se crean constantemente en la universidad, en las universidades chilenas en general y en todas las del

¹⁰ Recientemente, en la Exhortación Apostólica postsinodal de Benedicto XVI, *Verbum Domini*, publicada el año 2010, después de hablar de que toda verdadera cultura humana está abierta a la dimensión de la trascendencia, y de que la Biblia es como un gran código para las culturas, alude directamente al papel de la universidad, como ámbito particular del encuentro entre Palabra de Dios y culturas. Pide el papa que se promueva un conocimiento adecuado de la Biblia, “que permita captar sus fecundas implicaciones culturales también para nuestro tiempo”. Reconoce que los centros de estudio promovidos por entidades católicas dan una contribución singular a la promoción de la cultura y la instrucción, e invita a no descuidar en ellos la enseñanza de la religión y concretamente, de la Sagrada Escritura; cf. n.110-112.

¹¹ La frase se atribuye a Pitágoras, sin ofrecer nunca una fuente solvente que lo acredite, pero refleja bien el ambiente educativo en la escuela de Pitágoras; cf. F. LARROYO, *Historia General de la Pedagogía, expuesta conforme al método de los tipos históricos de la educación*, Porrúa, México 1973, 138.

mundo. Pero, por otra parte, la universidad debe formar personas capaces de pensar por sí mismas, de tomar iniciativas por sí mismas, de ser críticas ante lo que se da como hecho y como de siempre. El conocido psicólogo suizo Jean Piaget, famoso entre otras cosas por su teoría del desarrollo cognitivo, decía:

La meta principal de la educación es crear hombres que sean capaces de hacer cosas nuevas, no simplemente de repetir lo que otras generaciones han hecho; hombres que sean creativos ... La segunda meta de la educación es la de formar mentes que sean críticas, que puedan verificar y no aceptar todo lo que se les ofrece¹².

Efectivamente, lo primero, formar profesionales, podría hacerlo un Instituto Superior especializado, no necesariamente universitario; lo segundo, formar personas capaces de pensar por sí mismas, imprescindible si no queremos crear autómatas perfectamente manipulables, es tarea irrenunciable de la Universidad. En mi opinión, por tanto, la Universidad debe conjugar ambos extremos: dar una buena preparación profesional (que, por otra parte, tendrá que perfeccionarse constantemente a lo largo de la vida) y crear la base para que cada universitario sea capaz de pensar por sí mismo en el complejísimo marco cultural en el que vivimos. Dicho de otra manera: es tarea de la Universidad formar profesionales que sean a la vez personas conscientes, capaces de pensar y de decidir por sí mismos.

No es ésta tampoco tarea fácil. De hecho, en nuestras universidades se ha abdicado cada vez más de la tarea de dar formación humana –no digamos cristiana– a nuestros estudiantes universitarios, precisamente porque se considera el hecho de la formación humana, y más aún el de la

¹² La frase continúa: “El gran peligro de hoy son las consignas, las opiniones colectivas, las corrientes de pensamiento hechas a medida. Debemos estar en condiciones de resistir, de criticar, de distinguir entre lo probado y lo que no ha sido probado. Por ello necesitamos a alumnos activos, que puedan aprender pronto a descubrir por sí mismos, en parte mediante su actividad espontánea y en parte por medio de materiales que les proporcionemos; que aprendan a determinar qué es verificable y qué es simplemente lo primero que se les viene a la mente”. La frase, frecuentemente citada al menos en su primera parte, pertenece a un comentario de J. Piaget en la “Conference on Cognitive Studies and Curriculum Development”, Cornell University, marzo 1964. Está recogida por E. DUCKWORTH, “Piaget Rediscovered”, en: R. E. RIPPLE - V. N. ROCKCASTLE (eds.), *Piaget Rediscovered*, Cornell University, Nueva York 1964, 5.

formación religiosa, un asunto privado, si no irrelevante en el marco de una preparación profesional, que es lo decisivo. La desaparición progresiva en el ámbito de la universidad pública española de una institución tan tradicional y de tanta riqueza humana, como son en España y en toda Europa los Colegios Mayores Universitarios, convirtiéndolos en meras residencias o apartamentos de estudiantes, es un síntoma claro de esta renuncia de la Universidad a la tarea educadora. Sin embargo, la Universidad Católica no puede renunciar a esta tarea educativa, que puede realizarse de manera transversal o puede ofrecerse mediante materias y asignaturas específicas y propias de la Universidad; y que ha de transparentarse incluso en el estilo de gestionar la Universidad y administrarla, además de ser favorecida con iniciativas complementarias de las diferentes áreas académicas. El objetivo es siempre hacer posible la formación de ciudadanos críticos y responsables ante la sociedad, capaces de pensar por sí mismos, abiertos cordialmente a la trascendencia; y, en cuanto a los cristianos, ayudarles a vivir la fe con una formación proporcional a la formación de su inteligencia en otros campos, de manera que sepan hacerse preguntas y buscar caminos para encontrar respuestas. Tal es lo que yo llamo el reto de formar ciudadanos críticos y cristianos responsables.

Por lo demás, esto es lo que, a mi juicio, parece querer decir el papa Juan Pablo II, cuando entrega la carta magna a los responsables de las universidades católicas, con el fin de lograr «formar a todos los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y para testimoniar su fe ante el mundo» (*Ex Corde Ecclesiae* n. 9).

Universidad y evangelización

Muchas e importantes cuestiones se han planteado en las páginas precedentes. Y, sin embargo, no está aún todo dicho. La Universidad Católica tiene ante sí, también, el reto de hacer presente el evangelio en la sociedad y de constituirse en instrumento de evangelización, dentro de su naturaleza propia de universidad. Y es que la tarea de la Iglesia es, como bien sabemos, llevar la buena noticia de la salvación a todos los hombres. De aquí que ella no pueda desinteresarse de la Universidad Católica. Ésta, en efecto, “con

la investigación y la enseñanza, ayuda a la Iglesia a encontrar de un modo adecuado a los tiempos modernos los tesoros antiguos y nuevos de la cultura, *nova et vetera*, según la palabra de Jesús” (*Ex corde Ecclesiae* n. 10).

Esta es, en último término, la mejor colaboración de la Universidad Católica a la misión de la Iglesia. Pero no olvidemos que es una colaboración que ha de hacerse como universidad, es decir, de un modo propio y específico. Se trata, como dice la constitución tantas veces citada, de prestar “una importante ayuda a la Iglesia en su misión evangelizadora”, pero “según su propia naturaleza”. En primer lugar, mediante su testimonio institucional vivo de Cristo y de su mensaje. Luego, vinculando y armonizando todas sus actividades fundamentales –investigación, formación humana y profesional, diálogo con la cultura contemporánea– con la misión evangelizadora de la Iglesia (cf. *Ex corde Ecclesiae* n. 49).

Si yo he sido capaz hasta aquí de traducir en palabras los retos más importantes que la sociedad plantea hoy a la Universidad Católica, el modo como ésta tendría que hacer presente el mensaje del evangelio en medio del mundo de la cultura y la ciencia se distinguiría por las siguientes cualidades: una enseñanza de calidad; el empeño en buscar humilde pero incesantemente la verdad, sin aceptar someterse al pensamiento único que impone nuestra sociedad secularizada; la convicción de que fe y ciencia, fe y razón, fe y cultura no sólo no son incompatibles, sino que pueden empeñarse en un fecundo diálogo; el compromiso por acoger a los estudiantes universitarios en un marco donde no se renuncia a prepararlos, a la vez, para ser competentes profesionales, ciudadanos capaces de pensar por sí mismos y, en su caso, cristianos responsables de su propia fe; el alineamiento de la institución y de sus principales actividades a favor de la justicia, de la paz, de la convivencia, del diálogo y de los más necesitados; y una manifestación pública institucional de la fe cristiana y de la tarea evangelizadora de la Iglesia, en cuyo ámbito este tipo de Universidad cobra sentido y a la que ella enriquece constantemente.

Final con plegaria

Con la anterior reflexión he llegado al final de cuanto quería decir, aunque no de cuanto debería decirse. Probablemente no pocos estarán pensando

que son cosas ya dichas y sabidas, y a la vez sueños difíciles si no imposibles de cumplir, palabras de circunstancia que hay que pronunciar en determinados momentos, porque así lo exige el protocolo. Es verdad que son metas altas las aquí propuestas, y que no siempre estarán nuestras universidades católicas a la altura de sus objetivos. Sin embargo, tengo la convicción de que sólo con sueños difíciles se consiguen realidades aceptables; sólo recordando con nuestras pobres palabras grandes metas conocidas se hacen éstas visibles; sólo aprovechando cualquier ocasión para decir lo que se piensa, alguna de las semillas plantadas da fruto. Por ello, quiero expresar mi agradecimiento profundo por la ocasión y el honor que se me hace a mí, profesor de una Universidad como la Pontificia de Salamanca, que se prepara para celebrar los ochocientos años de vida universitaria en nuestra ciudad española, al poder hablar en ocasión tan solemne como es la apertura del curso a una universidad todavía joven, pero que se adivina con vida y con fuerza para una larga carrera de fondo. No renuncien a los sueños, no olviden lo ya sabido por todos, no dejen de decirlo en las ocasiones más solemnes y en las sencillas.

Y ahora me van a permitir que concluya con una plegaria. No es mía, sino de una chilena que no pudo visitar la Universidad, aunque honró a su patria con los grandes premios de las letras recibidos. Me refiero, ya se lo imaginan, a Gabriela Mistral, que escribía como los ángeles, sufrió como todos los humanos y algo más por ser mujer, y mantuvo firme a lo largo de su vida, aunque de distintos modos, fe y esperanzas cristianas, apoyada en la Biblia que aprendió a leer en el regazo de su abuela. La oración de la maestra, que sin duda todos conocen, es suya. Pongan universidad donde la escritora dice escuela y universitario donde ella dice maestra, e identifíquense con ella, pues que, al fin y al cabo, lo más bello de la Universidad es ser o tener maestros. Por lo demás, yo únicamente he hecho algunos arreglos para la ocasión:

Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe;
que lleve el nombre de maestro, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela...

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto.

No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de los que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres,
para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes.

Dame que alcance a hacer de cada uno de mis alumnos mi verso perfecto
y a dejarte en él clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo,
para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre;
hazme despreciador de todo poder que no sea puro,
de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame! ¡Sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi
lado.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicado o banal en
mi lección cotidiana.

...Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales,
mis mezquinos dolores de cada hora.

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez,
que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra
es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de
amor¹³.

¹³ Reproduzco la versión de *Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología*, ed. de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, Santillana, Lima 2010, 517-518.

Bibliografía

- D'ORS, A., *Trilogía de la "Residencia de Estudiantes"*, Eunsa, Pamplona 2000, 89-90.
- RIPPLE, R.E. - ROCKCASTLE, V. N., (eds.), *Piaget Rediscovered*, Cornell University, Nueva York 1964.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., "Juventud y verdad. Carta abierta a mi amigo Carlos", *El Diario de Ávila*, Mirando a la Jornada Mundial de la Juventud. 22/03/2011.
- LARROYO, F., *Historia General de la Pedagogía*, expuesta conforme al método de los tipos históricos de la educación, Porrúa, México 1973.
- NEWMAN, J.H., *The Idea of a University*, Longmans, Green and Company, Londres 1931.
- PRADES, J., - MAGAZ, J.M. (eds.), *La razón creyente*, Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2000.
- Hurtubise, P., (ed.), *Université, Église, Culture. D'un paradigme à un autre, l'Université catholique aujourd'hui*. Actes du premier symposium. Université Saint-Paul, Ottawa, 20-23 avril 1999, FIUC, París 2001.
- SAVATER, F. *El valor de educar*, Ariel, Barcelona 2009.
- VATTIMO, G. - ROVATTI, P. A., *Il pensiero debole*, Feltrinelli, Milán 1986.
- VILANOU TORRANO, C., "Eugenio d'Ors y la pedagogía de la obra bien hecha", *Estudios sobre educación* 14 (2008) 31-44.

Artículo recibido el 29 de abril de 2011.

Artículo aceptado el 9 de junio de 2011.